

haber criticado el decreto sobre los azúcares. A los apertamientos se unían los *Comunicados*, tan numerosos que ya no se contaban. En ciertos departamentos, todas las autoridades, poseídas de estímulo, introdujeron el sistema de imponer, según el capricho del momento, sus rectificaciones ó sus reseñas; los comunicados de los jefes del tribunal, de los alcaldes, de los directores de administración, de los comisarios de policía llovían sobre los desdichados periodistas: llegó el abuso á tal extremo que varios prefectos tuvieron que moderar el ardor de sus subordinados y reivindicar para sí un privilegio que no querían compartir con nadie.

Aquella autoridad, ejercida con tan propicia fortuna, no pasaba más que un apuro, que nacía de su propia omnipotencia. En el gran silencio de un bosque ó de una campiña desierta sucede á veces que el menor ruido emociona: se presta oído y, la imaginación mediante, se cede á un involuntario estremecimiento. Nuestro país, en 1852, estaba sujeto á impresiones parecidas. En el gran silencio de la vida pública circulaban á intervalos rumores vagos, nacidos no se sabía dónde, propagados no se sabía cómo, y que provocaban repentinas y nerviosas aprensiones. Como Luis Napoleón tenía el poder de hacerlo todo, esperábase que á todo se extendería su iniciativa. Jamás se dió tanto crédito á las falsas noticias como bajo aquel régimen que tan bien presumía reprimirlas. Cuando la policía iba á la fuente de la noticia, no encontraba nada, como no fuese alguna mísera correspondencia procedente del destierro, ó alguna expresión inconsiderada de tal ó cual personaje sin crédito. Ello bastaba, sin embargo, para dar pábulo á las conversaciones, revolucionar las ter-

tulias y hasta paralizar la marcha de los negocios. Un día se anunciaba que el gobierno preparaba nuevas listas de destierro; otro día se afirmaba que la inamovilidad judicial iba á ser suprimida; en otras ocasiones circulaban rumores de guerra, tomando de pronto una consistencia singular. Además se atribuían al gobierno otros proyectos, como el de suprimir la propiedad de los oficios ministeriales, el de concentrar en sus manos los seguros y el de crear todo un sistema de impuestos suntuarios. El *Monitor* y, tras él, los periódicos oficiosos desmentían las noticias falsas; pero sólo convencían á medias á los espíritus crédulos. Los rumores no se apaciguaban sino para renacer bajo otra forma, y era menester que notas y comunicados más precisos viniesen de nuevo á tranquilizar á la opinión.

Semejante disposición podía á la larga ser peligrosa. Por el momento constituía más bien un disgusto que un peligro. A juzgar por el conjunto de las cosas, en el transcurso del año 1852, todo secundaba las ambiciones del príncipe. Sus amigos se envalentonaban con el éxito. Sus enemigos impotentes, renunciando á cerrarle el camino, se contentaban con no abrirselo. Los incidentes de la legislatura, reducidos á sus proporciones reales, no tenían nada de alarmante. Luis Napoleón podía atreverse á todo. Muchos se extrañaban de que se apresurase tan poco á llevar adelante su fortuna hasta el fin. Su habilidad consistió precisamente en causar aquellas sorpresas, pareciendo hasta ignorarlas, y en prestarse á la última transformación sin precipitarla. Iba á recoger el fruto de aquella paciencia calculada, y había llegado la hora de dar al nuevo régimen su verdadero nombre.

## LIBRO SEGUNDO

### RESTABLECIMIENTO DEL IMPERIO

- SUMARIO: I.—Triste fin de la República de 1848.—Prudencia y audacia de Luis Napoleón.—De qué medios un tanto indirectos se vale para la realización de sus propósitos.—«Es preciso acabar con esta situación.»
- II.—Viaje del príncipe presidente.—Confianza viril de Luis Napoleón.—Prudentes medidas adoptadas por sus amigos.—Bourges.—El Nivernais.—Discurso de Lyon.—El Delfinado.—El valle del Ródano.—Marsella.—El Herault.—Dispanse los últimos temores de los amigos del príncipe.—Tolosa.—Serie de ovaciones.—Frasas ingenuas ó excesivas del entusiasmo general.—Discurso de Burdeos.—Programa magnífico.—«El Imperio es la paz.»—Regreso á París.
- III.—Opinión del *Monitor*.—Convocación del Senado.—Ponencia del Sr. Troplong.—Voto del senadoconsulto, á reserva de la ratificación por el pueblo.—La opinión pública.—El gobierno, la administración, el clero.—Manifiestos revolucionarios.—Protestas del conde de Chambord.—Plebiscito.—Cómputo de votos.—Las grandes corporaciones del Estado van á Saint-Cloud y saludan al príncipe con el nombre de emperador.—Respuesta de Napoleón III.
- IV.—Inauguración del Imperio, actos de beneficencia, indultos, mercedes.—Proyecto de senadoconsulto para disminuir las atribuciones del Cuerpo legislativo.—Ligero descontento en el Senado.—Ponencia del Sr. Troplong.—Voto.—Reconocimiento del nuevo Imperio por las potencias.—Estados secundarios.—Disposiciones de Inglaterra y cómo reconoce á Napoleón III.—Austria.—Prusia y resistencias de Federico Guillermo IV.—Malhumor del zar Nicolás.—Todos los Estados de Europa se deciden á reconocer al emperador.
- V.—La familia del emperador.—El rey Jerónimo.—El príncipe Napoleón.—El país tiene gran confianza en el emperador y no tiene ninguna en los individuos de su familia.—Votos favorables al matrimonio del soberano.—Diversas negociaciones.—La señorita doña Eugenia de Montijo.—Napoleón III anuncia su matrimonio.—Impresiones varias.—Curiosidad extremada.—Ceremonias en las Tullerías y en Nuestra Señora.
- VI.—El Imperio instalado y consolidado.—Los principales servidores del reinado.—Los cargos de la corte.—Mezcla de frivolidades y de graves preocupaciones.—Estado general en la primavera de 1853.—De todos los bienes el que parece más asegurado es la paz.—De cómo los hechos habían de desmentir esta previsión.

#### I

Tan tristemente terminó la República de 1848, que, á pesar de sus faltas y de sus locuras, despierta conmiseración y casi simpatías. Murió dos veces: en 2 de diciembre recibió un golpe decisivo, pero luego, en vez de darle el de gracia, dejáronla que lentamente se extinguiera, como si sus matadores se hubiesen desdenguado de abreviar su agonía, y hasta se le tributaron algunos irónicos homenajes, más crueles que el insulto; es más, los que la habían herido todavía se disfrazaron con su nombre para preparar sus últimos designios.

Durante aquel año 1852 apenas pueden percibirse los últimos latidos de aquel pobre cuerpo que se acaba; en cambio, es fácil seguir la marcha ascendente del príncipe. Guiado por una prudente audacia, sus aspiraciones imperiales sólo por grados se muestran y es su preocupación constante detenerse á mitad del camino de sus temeridades: en los días de solemnidades públicas recibe á las grandes corporaciones del Estado en las Tullerías, en donde se deja ver rodeado de todo el esplendor de las fiestas; pero no se instala del todo en este palacio, sino que regresa con afectación al Eliseo, esa residencia menos soberbia de los poderes subordinados; hace grabar su efigie en las monedas, pero deja subsistentes en ellas el nombre y los emblemas de la República; restablece el águila en las banderas; pide á la Iglesia que ruegue por él, como en otro tiempo por los reyes, *Domine, salvum fac Ludovicum Napoleonem*; y quiere que los documentos ejecutorios de la adminis-

tración de justicia se extiendan en su nombre. Mas á poco, y como si esta conducta hubiese sido demasiado transparente, muda de consejo: «Conservemos la República que á nadie amenaza y puede tranquilizar á todo el mundo,» dice en 29 de marzo con ocasión de la apertura del Cuerpo legislativo. No, ciertamente que la República no amenazaba ya á nadie; pero los republicanos habrían sido muy cándidos si con esto se hubiesen tranquilizado. En efecto, seis días después, en la ceremonia de la instalación de la magistratura, Luis Napoleón recuerda, con calculada insistencia, la manifestación nacional «que ha proclamado el carácter hereditario del poder en su familia y le ha designado como heredero del Imperio.» Al mismo tiempo, el futuro jurisconsulto del reinado, el Sr. Troplong, con el pretexto de estudiar la transmisión del poder imperial en Roma, publica una verdadera apología del Imperio democrático (1). Pero aún hay más: llegan á París los delegados de los regimientos para recibir sus nuevas banderas, y con toda la fuerza de sus pulmones aclaman al César moderno; y las personas mejor informadas aseguran que ahora va á salir el Imperio de una de las revistas del Campo de Marte. Y sin embargo, tales seguridades no se realizan y el *Monitor* desmiente en términos casi escandalosos este rumor acreditado. De este modo avanzaba Luis Napoleón, con prudencia y casi con cautela: evidentemente caminaba hacia el Imperio; pero no sin dar mil rodeos y borrando él mismo las huellas que á su paso dejara.

(1) *Gazette des Tribunaux*, 23 de abril y 9 de mayo de 1852.

Una de sus habilidades fué rebuscar y reavivar todos los recuerdos de Napoleón I. ¿Quién habría osado censurar esa solicitud patriótica ó esa piedad familiar? Exaltando el primer imperio, se popularizaba el imperio nuevo. El Código civil volvió á denominarse *Código de Napoleón*; un decreto declaró fiesta nacional el 15 de agosto; nombróse una comisión que reuniera y publicara las obras del Emperador; buscóse con más afán que nunca á todos los veteranos de los ejércitos imperiales y más que nunca se les colmó de distinciones; y finalmente, el 5 de mayo, aniversario de la muerte del desterrado de Santa Elena, unos funerales, pomposamente anunciados, congregaron en Nuestra Señora no sólo á todos los funcionarios de la jerarquía civil y militar, sino además á todos aquellos que querían hacer ostentación de su lealtad. ¡Cosa extraña! La República, muerta de hecho, pero oficialmente viva, había tenido también su aniversario el día antes: el día 4 de mayo de 1848 habíase reunido la Asamblea constituyente, y un decreto, que se habían olvidado de derogar, ordenaba que se celebrase esta fecha; pues bien, aquel día, en la desierta nave de la antigua basílica, el sacerdote había subido al altar para dar gracias á Dios por la fundación de la República. ¡Fiesta solitaria é irrisoria que más que una acción de gracias parecía la oración de los agonizantes!

La agonía no podía prolongarse indefinidamente, y como decían los familiares, más impacientes que el mismo señor, era preciso acabar con aquella situación; Luis Napoleón, por consiguiente, avanzó con paso algo más resuelto hacia su meta, aunque sin precipitarse todavía. Ya se había hecho señalar por el Senado una lista civil de doce millones, y de todas las imitaciones monárquicas, esta había sido la más apreciada, no por el Presidente, que era muy sencillo en lo que personalmente le afectaba, sino por los que le rodeaban y que de sus prodigalidades vivían. Ciertas medidas de rigor contra los diarios pusieron al descubierto las intenciones hasta entonces disimuladas: habiendo el Sr. Girardin combatido en *La Presse* la idea de la proclamación del Imperio, fué objeto de una amonestación; y en los departamentos, los prefectos extremaron el pensamiento del príncipe y su susceptibilidad imperialista mostróse aún más excitada. A todo esto, vagas noticias policíacas señalaron ciertas recrudescencias ofensivas de las facciones socialistas, tales como una sociedad secreta que celebraba sus conciliábulos cerca de la barrera de Fontainebleau, y algunas huelgas ó tentativas de huelgas en San Quintín, Angulema y La Fleche; en el Mans se habían fijado carteles sediciosos; en Lilla y en Metz habíanse proferido gritos subversivos, y en una excursión á los alrededores de Vichy había sido insultado el general Saint-Arnaud. La ocasión pareció muy á propósito para evocar el peligro social y reanudar el papel de salvador, y comenzaron á circular, primero por los Charentas, esa cuna del bonapartismo, y luego por el Mosa, peticiones favorables al Imperio, algunas de las cuales estaban concebidas en términos extraños, habiendo una que pedía la estabilidad del poder para asegurar «la libertad política.» En el mes de julio se verificaron elecciones departamentales en medio de una indolencia y de un cansancio que permitían acometer cualquier empresa; pero esta misma indiferencia indicaba clara-

mente que la nación, aun estando muy dispuesta á hablar, no hablaría si no se la incitaba algo á hacerlo. De los consejos generales reunidos en sesión, nueve pidieron el restablecimiento del Imperio; cuarenta y nueve, menos explícitos, se limitaron á manifestar su deseo de que el poder se consolidara y perpetuara, y veintisiete se concretaron á firmar mensajes de felicitación. Aunque no resultara la unanimidad que tal vez se esperaba, mucho era ya lo que significaban tales votos; precisaba empero dar un golpe decisivo y salir por fin, después de tantas contempORIZACIONES, de aquella situación provisional: para conseguir tal objeto, para provocar aquella esperada consulta nacional, resolvióse que el príncipe emprendiera un grande y solemne viaje.

## II

Cuando en 1850 había querido Luis Napoleón afirmar su suerte, cada vez más favorable, dejándose ver de la nación, no había dirigido sus pasos á los departamentos más tranquilos, sino á las regiones más trabajadas por el socialismo; y el éxito había justificado su varonil audacia. En 1852 sus propósitos se inspiraron en la misma confianza: su itinerario debía llevarle primeiramente en medio de aquellas provincias del centro, tan agitadas después del golpe de Estado; luego bajaría por el turbulento valle del Ródano y visitaría las grandes ciudades de Lyon y de Marsella; y por último, encaminaríase hacia el Sudoeste, permanecería en el departamento del Herault, asilo de las pasiones demagógicas mal extinguidas, y se detendría largo tiempo en Tolosa y aún más en Burdeos. Sólo después de estas pruebas sucesivas al través de los territorios dudosos, y de regreso á París, recibiría los homenajes de los fieles charenteses, en donde recogería las dulces aclamaciones de los pacíficos aldeanos turenenses.

A pesar de las probabilidades de un éxito favorable, los consejeros del príncipe no podían substraerse á cierta emoción en el momento en que debía realizarse un acto tan decisivo. «Mi viaje, decía Luis Napoleón á sus familiares, es una interrogación;» é importaba que la respuesta que á esta interrogación se diera fuese bastante clara para que el establecimiento del Imperio resultase no sólo fácil, sino además necesario. El primer departamento en donde el augusto viajero debía detenerse era el del Cher: el Sr. de Persigny, ministro del Interior, envió á buscar al prefecto y en una forma concreta y brutal, según unos (1), más disimulada según otros (2), le encargó que hiciera gritar: «¡Viva el emperador!» Una vez dado el primer impulso, tenía por cierto que lo demás vendría por sí solo; por otra parte, entre gentes que aspiraban al mismo fin las instrucciones eran superfluas. Todos los prefectos, lo mismo si se les estimulaba que si no, hallábanse poseídos de la misma emulación; en todas partes se convocaba á las municipalidades y se organizaban trenes de recreo; y en todas partes los veteranos del Imperio se disponían á agruparse en torno del sobrino de Napoleón y á dar la señal de las aclamaciones. Y como era preciso sobre todo evitar que algunos importunos vinieran á turbar la fies-

(1) M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, pág. 608.

(2) Granier de Cassagnac, *Souvenirs du Second Empire*, tomo II, págs. 146-147.

ta, en el Gard y en otros muchos departamentos, algunos demócratas indicados por la policía fueron previamente encarcelados con discreción oportuna. En el extranjero, las autoridades limítrofes se prestaron complaciente y espontáneamente á que la manifestación saliera á pedir de boca; así el intendente provincial del condado de Niza hizo internar prudentemente á los proscritos que allí se habían refugiado y de quienes era de temer que pasasen la frontera y, aventurándose á llegar hasta Marsella, se mezclasen con la comitiva presidencial. En medio de estas preocupaciones, el presidente, cuya serenidad contrastaba con la intranquilidad de sus amigos, no abandonaba su actitud reservada, casi modesta, y aun se insertó en el *Monitor* una nota invitando á las municipalidades á que se abstuvieran de magnificencias demasiado costosas y dedicaran á los pobres y á obras de caridad la mayor parte de las cantidades destinadas á los gastos de la recepción.

La partida se fijó para el día 14 de septiembre, y la primera parada debía hacerse en Bourges. A la caída de la tarde llegó el príncipe á la ciudad, que ya estaba iluminada: el recibimiento que le dispuso la población civil, más que entusiasta, fué favorable; pero al día siguiente, en que debía celebrarse una revista, el general de Noue, á quien unía con el Sr. de Maupás una amistad antigua, volvióse hacia sus tropas y dió el grito de «¡viva el emperador!» que fué inmediatamente contestado (1). En Nevers, adonde habían acudido en masa los marineros del Yonne y los leñadores y los armadieres de Clamecy, regiones en las cuales se habían reclutado los más furibundos socialistas, las aclamaciones fueron, á pesar de esta circunstancia, calurosas, pues los unos querían recobrar el favor perdido y los otros protestar contra los recientes excesos. Luis Napoleón pasó por Moulins, y después por La Palisse, otra población que se había distinguido en los recientes disturbios, y llegó á Roanne, cuyos habitantes se mostraron afectuosos, lo que no les impidió elegir quince días después un consejo municipal tan hostil que fué preciso disolverlo acto continuo. El 18, el presidente estaba en Saint-Etienne y el 19 en Lyon.

La gran ciudad había desplegado todas sus pompas para recibir á su huésped: bailes, revistas, fuegos artificiales, exposición regional, no faltó nada de cuanto podía atraer ó retener á la multitud. Pero, por muy seductor que fuese aquel espectáculo, la atención estaba fija en otra parte: había de inaugurarse una estatua del Emperador, sabíase que con tal motivo el príncipe pronunciaría un discurso, y se esperaban con ansiedad sus palabras. Luis Napoleón, con intención visible, insistió en el título legítimo del Emperador «elegido tres veces por el pueblo, consagrado por el jefe de la religión y reconocido por todas las potencias continentales de Europa.» «El Emperador, añadió, fué el mediador entre dos siglos enemigos: mató el antiguo régimen, aunque restableciendo todo lo bueno que este régimen tenía; mató también el espíritu revolucionario, pero hizo triunfar en todas partes los beneficios de la Revolución... Por esto, en cuanto el pueblo ha podido elegir libremente, ha fijado los ojos en el heredero de Napoleón, y por esta razón misma, desde París hasta Lyon, en to-

(1) M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, pág. 611.

das partes por donde he pasado, se ha lanzado el grito de «¡viva el Emperador!» El auditorio estaba pendiente de los labios del orador, creyendo que iba á formular un programa completo; pero su curiosidad sólo á medias quedó satisfecha, pues Luis Napoleón conducía sus evoluciones como un novelista conduce las peripecias de su obra, y jamás agotaba el interés de una vez sola. Planteó la cuestión sin resolverla del todo: «El grito de «¡viva el Emperador!» siguió diciendo, es un recuerdo que conmueve mi corazón más bien que una esperanza que halague mi orgullo. Salimos apenas de estos momentos de crisis en los cuales, confundidas las nociones del bien y del mal, se han pervertido; y la prudencia y el patriotismo exigen que en tales momentos la nación se recoja antes de fijar sus destinos. Más difícil es aún para mí saber bajo cuál nombre puedo prestar mayores servicios: si el título de Presidente pudiera facilitar la misión que me está confiada, en manera alguna desearía, por interés personal, trocar este título por el de Emperador.»

Los servidores del príncipe sintieron ciertos temores al ver que penetraba en las regiones del Mediodía, y estos temores fueron causa de que se adoptaran precauciones extremadas. Ya hemos visto que en los departamentos ribereños del Ródano se habían verificado numerosas prisiones, pero además la policía recibió instrucciones para proceder con rigurosa severidad. En algunos lugares, la administración, temerosa de que no hubiera entusiasmo, quería imponerlo; así por ejemplo, un bando del alcalde de Valence obligaba á los propietarios é inquilinos á que pusieran banderas é hicieran iluminaciones en sus casas, añadiendo aquel excelente magistrado que «se tomaría nota legalmente de las contravenciones á estas órdenes (2).» La actitud de las poblaciones demostró, sin embargo, muy pronto lo infundado de estas previsiones dictadas por la desconfianza; en efecto, Grenoble, Valence y el Delfinado recibieron á Luis Napoleón de igual modo que en 1815 habían recibido al propio Emperador. A partir de Valence, el presidente descendió el Ródano en una lancha de vapor: los contingentes de las aldeas se estrujaban en las orillas para verle; las ruinas de los castillos fortificados que en lo alto de las colinas se alzaban, aparecían adornadas con mástiles y gallardetes; y en el viejo puente del Espíritu Santo, engalanado y como rejuvenecido, levantábanse arcos de triunfo. A su llegada á Aviñón, la multitud, agrupada sobre las murallas y en la fortaleza de Villeneuve y amontonada en el antiguo puente de San Benezet, le vitoreó durante largo rato; y al día siguiente, en el vasto recinto de las Arenas de Arlés repitieronse las aclamaciones con todo el entusiasmo meridional.

Igual acogida tuvo Luis Napoleón á su entrada en Marsella, en donde una circunstancia reciente hizo que la recepción fuese aún más calurosa. El día antes había encontrado en aquella ciudad, en una casa de la carretera real de Aix, una máquina infernal; y ese complot, descubierto tan oportunamente que los más malévolos creyeron que había sido organizado ex profeso, reavivó el sentimiento del peligro social y motivó que se aproximaran al Presidente los mismos que de buena

(2) *Journal des Debats*, de 27 de septiembre de 1852.